

## ENCOMIENDA EN EL PAULAR

(Plaiton)

«IN DEI NOMINE». Ahora que en verdad comienzo a sentir la pesada losa de la edad sobre mi cada vez más decrepito cuerpo, y auguro que no tardando mucho tendré que rendir cuentas ante el Dios justo y misericordioso, es tiempo de dejar testimonio, con el siempre bello arte de la palabra manuscrita, de los sucedidos de los que fui testigo durante las jornadas que pasé en aquellos impresionantes paisajes de la sierra de Guadarrama, símbolo vivo del encuentro entre la historia, el arte y la naturaleza.

Recuerdo, como si fuese ayer, que corría a galope tendido por el calendario del tiempo el año 1634 de la era de Nuestro Señor, cuando yo, Jacinto de Vizaler, joven monje perteneciente a la Orden de los Cartujos, recibí de mi prior del monasterio de Miraflores, ubicado en las cercanías de la ciudad de Burgos, el expreso mandato de viajar hasta el de Santa María de El Paular, primera cartuja levantada en el reino de Castilla, con la encomienda de entregar en mano a su prior, recientemente elegido, varios documentos que, al parecer, trataban de ciertos asuntos propios de nuestra orden.

Tardé varios días en recorrer las treinta y seis leguas que me separaban de mi destino, un trayecto que, a decir verdad, no estuvo libre de dificultades, todas ellas vencidas merced a las oraciones dedicadas a san Bruno, el ímpetu de mi juventud y el incansable trotecillo de la bestia que me habían prestado en las caballerizas de la cartuja a la que pertenezco, un jumento de pelaje zaino y de nombre Barrabás, el cual, a decir verdad, era más terco que una mula vieja.

La impresionante cartuja de Santa María de El Paular, considerada una de las más poderosas de Europa desde tiempo atrás, está situada a menos de un tercio de legua de una población llamada Rascafría, lugar de realengo perteneciente a la Comunidad de Villa y Tierra de Segovia, a cuya jurisdicción se encuentra sujeta, entre bosques de robles y pinares, alternados con fértiles prados. Indicar también que este valle, llamado del Lozoya, es un paraje de extraordinaria belleza, amplio y delimitado por dos cadenas montañosas con cumbres que permanecen nevadas durante buena parte del año.

A mi llegada fui recibido por Tomás de Rascafría, un joven monje que estaba encargado de la portería de la cartuja y que también fue el que poco después me acompañó hasta la que sería mi celda —situada en la zona de la

hospedería, reservada a visitantes— durante el corto periodo de tiempo que yo tenía pensado permanecer en ese lugar.

No tardó Juan de Baeza, prior del monasterio, en venir a mi encuentro, lo que aproveché para explicarle el motivo de mi visita y entregarle en mano los documentos que me dieran en mi cartuja de Miraflores. Por supuesto que en esta breve conversación tanto el prior como yo empleamos solamente las palabras precisas, puesto que todos los monjes pertenecientes a nuestra orden sabemos que el silencio riguroso es uno de los principales distintivos de nuestra vida cenobítica, excepto, claro está, cuando las circunstancias requieren que nos explayemos en nuestras conversaciones.

Al estar construidas todas nuestras cartujas siguiendo un mismo modelo arquitectónico, pronto me orienté en esta del Paular. Yo ya tenía noticias sobradas de la gran riqueza que posee este concreto monasterio, puesto que, entre otras importantes propiedades en Extremadura, Andalucía, León y Asturias, tiene una cabaña real de muchos millares de ovejas merinas y también un muy valioso «molino de papel», en el cual es conocido que se imprimió hace ya casi seis lustros la *editio princeps* de una novela intitulada *el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, obra de cuya lectura las gentes ilustradas aseguran que es de muy grande entretenimiento.

Claro que si hay algo que me impresionó sobremanera, aunque en la cartuja de Miraflores ya sabíamos de su existencia, fue el conjunto de cincuenta y seis enormes lienzos que adorna los muros interiores del amplio claustro. Tuve conocimiento de que las últimas de estas pinturas fueron colgadas dos años atrás y que su autor, el renombrado pintor florentino Vincenzo Carduccio, se inspiró en los diferentes bosquejos y notas manuscritas que, sobre muchos aspectos de nuestra orden, le fueron entregadas por el prior Juan de Baeza en la villa y corte de Madrid, en una de cuyas calles principales aquel tenía instalado su conocido estudio de pintura.

He de admitir que pasé todo el tiempo que pude admirando esos lienzos, a los que, por otra parte, habían colocado molduras de escayola. Y si bien todos los referidos tanto a la vida de nuestro fundador, san Bruno de Colonia, como a episodios significativos de nuestra orden religiosa en los principales monasterios europeos me produjeron cierto júbilo interior difícil de disimular, he de confesar sin atisbo de duda que los que más me impresionaron fueron los

que representan episodios de persecuciones y martirios padecidos años atrás por los miembros de algunas comunidades cartujas. Ver a todos aquellos monjes encarcelados, golpeados hasta la muerte, ahorcados, arrastrados por caballos, fusilados, apuñalados en las entrañas, descuartizados..., me produjo una desmedida turbación que me hizo preguntarme por qué el Dios justo y misericordioso, que todo lo puede, no los salvó de las hordas enemigas lanzando sobre ellas fuego y azufre a raudales.

Cuando yo ya llevaba tres jornadas en el Paular, fui a ver al prior para, con su aquiescencia, partir a la amanecida del siguiente día hacia mi monasterio. Lo encontré en la biblioteca, entre montones de libros y documentos.

—Antes de que regreséis a vuestra cartuja de Miraflores, hermano Jacinto, he de pedir os encarecidamente vuestra ayuda —me respondió.

Al escuchar estas palabras, me quedé más perplejo que supongo lo estaría Lázaro cuando el Mesías le ordenó levantarse y andar después de resucitarlo de entre los muertos, preguntándome para mis adentros de qué manera un humilde y poco letrado monje como yo, podría ayudar a una persona tan ilustrada como él, doctor en ambos Derechos y, además, autor de numerosos e importantes manuscritos que tratan de temas teológicos, históricos o del mismo derecho.

Juan de Baeza se dio cuenta de mi desconcierto y, con gesto grave y hablar quedo, me confesó:

—Veréis. Hace ya algunas jornadas que he cogido de nuevo el pesado timón de esta cartuja del Paular, sustituyendo al prior Pedro Manuel Deza, y hay un asunto que me preocupa en gran medida y que, por motivos que presto comprenderéis, no puedo hablarlo con ninguno de los monjes que aquí moran.

—¿A qué os referís? —inquirí con cierto interés.

—Sé que, durante estos pocos días que habéis estado entre nosotros, observasteis con detalle los lienzos del claustro; una obra, además de mirífica, costosa, no en vano tuvimos que desembolsar no pocos miles de reales para pagar a su autor. Estoy convencido de que es una de las más importantes obras pictóricas de toda la cristiandad y siempre será admirada. Aunque esto nunca se sabe, puesto que el diablo todo lo trastoca con sus malas artes —dijo para, tras una leve pausa, continuar—: No sé si conoceréis que, además de esos cincuenta y seis lienzos, Vincenzo Carduccio pintó también otros dos, de

bastante menor tamaño que aquellos, que representan uno de ellos el escudo del rey y el otro el de nuestra orden religiosa.

—No recuerdo haberlos visto. ¿En qué lugar están colgados? —inquirí.

—Más bien estaban, hermano Jacinto, puesto que han desaparecido. Sabed que, nada más ser pintados por Carduccio hace ya algunos años, se colgaron encima de la puerta del claustro principal, donde han permanecido hasta poco después de que yo tomase posesión de nuevo del cargo de prior de este monasterio, de ello hace ya más de una semana. Y aunque me cueste admitirlo, el autor del robo ha tenido que ser alguno de los monjes cartujos que aquí moran, oran y laboran, ya que conocéis, tan bien como yo, que a nuestros cenobios apenas se permite la entrada a personas ajenas a ellos.

—¿Y que queréis que yo haga teniendo en cuenta que soy neófito en estos menesteres?

—Que investiguéis por mí. Al no pertenecer a esta cartuja, podréis moveros con total libertad por ella sin levantar sospechas. Quizá deberíais aprovechar la mínima ocasión para internaros con sigilo en las distintas celdas y buscar en su interior algún rastro de los referidos cuadros de armas. Mirad, estos bosquejos os indicarán con cierta precisión lo que debéis buscar —dijo el prior a la vez que me mostraba varias hojas de un grueso cuaderno suyo donde se veían dibujados a vuelapluma los dos lienzos en cuestión y una descripción detallada de ellos.

Ese mismo día aproveché uno de los actos litúrgicos comunes celebrados en el templo de la cartuja para internarme con presteza en las diferentes celdas de los monjes, pero nada relevante hallé en ellas.

A la mañana siguiente me encaminé hasta la iglesia de la cartuja, donde, frente al policromado retablo mayor tallado en alabastro y que muestra con gran detalle y minuciosidad diferentes escenas de la vida de Jesucristo y de la Virgen María, me arrodillé para rogar con gran fervor a ambos que lanzasen un rayo de luz con el que alumbrarme en tan arduo quehacer.

No sé si mis plegarias fueron atendidas, pero lo cierto es que, cuando al atardecer de ese mismo día me encontraba cerca de la portería de la cartuja, observé que el encargado de ella, el hermano Tomás, la abandonaba para, con raudo caminar, alejarse del monasterio. Presto, me dispuse a seguir sus pasos a una distancia prudencial. Cuando llegó a una plazoleta de la población de

Rascafría, vi que entraba en una casona con portón sobre el que destacaba el escudo de Castilla. Tras algunos segundos de indecisión, me interné en esa edificación que, por lo que pronto comprobé, servía de lazareto y hospital.

—Os ruego encarecidamente, hermano Jacinto —me dijo Tomás de Rascafría cuando me vio frente a él—, que todo lo que aquí oigáis y veáis, permanezca en el secreto más absoluto. Venid, acompañadme.

Fui tras él hasta una amplia estancia repleta de gente enferma que se encontraba tumbada sobre viejos jergones y varias personas que los cuidaban, y que le agradecieron sus muchas visitas y desvelos. Luego lo seguí hasta un pequeño cuarto donde se veían algunos estantes con legajos y documentos y también, situados en un rincón, lo que me parecieron dos lienzos enrollados, los cuales, por sus dimensiones, enseguida asocié con los desaparecidos días atrás del Paular y que barrunté no tardarían en ser vendidos al mejor postor.

—Este hospital requiere no pocos reales para poder mantenerlo y, con ello, atender a las personas enfermas de estos territorios —me informó con voz entrecortada—; un dinero que cada vez es más difícil de conseguir y que, como bien conocéis, le sobra a la cartuja del Paular, a la que, por otra parte y debido a sus muchos privilegios reales, los casi doscientos vecinos de esta misma localidad han de pagarle anualmente setenta mil reales por las rentas de sus tierras y el uso de sus bosques y aguas, empobreciéndolos todavía más.

A la amanecida de una de aquellas jornadas, tras comunicarle al prior Juan de Baeza que yo no había hallado pista alguna de los dos lienzos desaparecidos del claustro, partí hacia mi cartuja, aunque no sin antes dejar que el hermano Tomás de Rascafría llenara en la cocina del monasterio las alforjas de Barrabás con toda clase de viandas para el viaje.

Algunos días sacó de debajo del catre de mi celda de la cartuja de Miraflores el grueso cuaderno que, sin yo tener conocimiento de ello, alguien depositó en el fondo de las alforjas de Barrabás, y observo todos aquellos bosquejos que el prior del Paular realizó para que sirvieran a Vicenzio Carduccio de clara inspiración, y mi mente parece transportarme de nuevo hasta los sesenta y seis majestuosos lienzos que adornan los muros interiores de aquel claustro. Es entonces cuando le pido al Supremo Hacedor que perdone todas nuestras faltas, en especial las del hermano Tomás de Rascafría y también las mías.